

que no fue pequeño género de martirio. Si San Pablo,¹ pone por blasón del justo padecer sed y hambre, diciendo de sí mismo y de los demás apóstoles y discípulos de la primitiva iglesia, andar hambrientos y necesitados de viandas, no será de menos valor morir de hambre, siendo en servicio de Dios y celo de la salvación del prójimo, como le sucede a este apostólico varón; porque si dar un jarro de agua, por amor de Dios y partir del pan ordinario con el pobre, es obra tan acepta a su majestad santísima; bien se sigue que padecer necesidad de estas cosas lo era también, y que lo pagará Dios, siendo sufrido y tolerado por su santo amor con muy crecidas ventajas, trocándoles la penuria presente por aquella hartura soberana; donde (como dice San Juan)² ni tendrán sed, ni hambre y le será convertida esta pena en gozos perdurables; de los cuales pienso que está gozando este venerable varón, trocando la hambre corporal del cuerpo por la hartura de la bienaventuranza. Y fue este religioso verdadero discípulo de Cristo, pues por su amor dejó la patria y su natural, dejó los deudos y parientes, dejó los amigos y conocidos; y finalmente la honra del mundo y propia voluntad; pues renunciando la guardiana que tenía y negándose a sí mismo tomó su cruz de penitencia y se fue en pos de Él y le siguió, mostrando el fuego de caridad que en su alma ardía, pues la puso a la muerte por sus amigos y prójimos, de cuya salvación tenía ferventísimo celo y andaba solícito y cuidadoso.

VIDA DE FRAY JUAN DE AORA, UNO DE LOS TRES PRIMEROS



FRAY JUAN DE AORA, UNO DE LOS TRES QUE (como dicho es) vinieron a esta Nueva España, año de 1523, era natural de Flandes, y sacerdote honrado, ya viejo cano cuando vino. Estúvose con fray Pedro de Gante siempre, en Tetzcuco, entendiendo en la doctrina y conversión de los naturales, hasta que fue servido el Señor de llevarlo para sí, dentro de pocos días. No se dice de él que hubiese aprendido lengua, ni cosa particular que hiciese; pero para conocer el espíritu de Dios que tenía, basta saber que siendo viejo y más necesitado de tiempo para descansar que para trabajar (que es muy propio de la vejez apetecer quietud y descanso) no sólo no lo quiso, pero vino en busca de trabajos, haciéndose peregrino por nuestro señor Dios; de cuya bondad y misericordia confío le habrá dado el premio de sus apostólicos deseos, cuando las obras en que se ocupó en esta conversión hubiesen sido pocas, por haber sido poco el tiempo que entre estas indianas gentes estuvo: que como Dios es tan magnífico y liberal, reparte sus misericordias no midiéndolas con el tiempo ni con la edad, anteponiendo los postreros a los primeros, como se cuenta en la parábola de la viña y dando el mismo jornal a los unos que a los otros.³

¹ 1. Ad Cor. 4.

² Apoc. 7.

³ Math. 21.

Y si por haberse estado en Tetzcuco con fray Pedro de Gante, y no salido a la pelea y lucha con Satanás a otras partes, donde otros ministros evangélicos fueron, pareciere que hizo poco, digo, que en este pueblo hizo lo que pudo, doctrinando a los que en él se convertían; y mereció, con los demás soldados de Jesucristo, entrar a partes iguales de estimación y alabanza, como los soldados que en el ejército de David se quedaron a guardar el bagaje, cuando los otros fueron a quitar la presa a los contrarios que los había robado.

Su cuerpo de este anciano y venerable padre fue depositado en la misma casa del Señor que los había acogido, en una capilla, adonde por entonces decían misa, hasta que se edificó el convento que hoy permanece en la dicha ciudad de Tetzcuco, con vocación del bienaventurado San Antonio de Padua, donde siendo guardián el siervo de Dios fray Toribio Motolinía, uno de los doce lo trasladó del lugar donde primero estaba, a la sobre-dicha iglesia.

CAPÍTULO XIX. *De la vida de fray Pedro de Gante, lego, y uno de los tres primeros*



L VARÓN DE DIOS FRAY PEDRO DE GANTE fue natural flamenco de la ciudad o Villa de Yguen, de la provincia dicha Bardarda. El cual, por huir los peligros del mundo y deleites de la carne con que el demonio suele atraer y convidar a los mancebos, al tiempo que les comienza a hervir la sangre, tomó en su juventud el yugo del Señor, recibiendo el hábito de religión de nuestro glorioso padre San Francisco.

Es doctrina de infalible verdad la que dice San Pablo,¹ que lo que sembrare un hombre, eso mismo cogerá; no quiere decir el Apóstol que lo que sembrare en número lo volverá a coger, sin ser más ni menos lo cogido que lo sembrado; porque muchas veces las semillas dan ciento por uno (como dice Cristo nuestro señor) y otras veces aun no rinden la misma cantidad sembrada, por contradicciones que tienen, así del tiempo como de otras cosas adversas que se les oponen; pero lo que quiere decir aquí el Apóstol es que si sembrare trigo, trigo cogerá, y si garbanzo, garbanzos, y de esta manera todo lo demás, y que para coger semillas se han de sembrar semillas. De manera que la misma especie que se siembra, ésa se coge. Pero hace de advertir que el principio del coger es el sembrar, porque sin sembrar no se conseguirá el fin que es el coger; y resolviendo lo dicho concluimos, con que el principio necesario para tener cosecha es sembrar el grano a sazón y tiempo. Esta verdad que en las semillas del pan y otras legumbres se verifica, es la misma que corre en la vida del hombre. Lo que sembrare (dice San Pablo) eso cogerá, porque el que sembrare en su carne cogerá corrupción; pero el que sembrare en espíritu, cogerá vida eter-

¹ 2. Ad. Cor. 9.